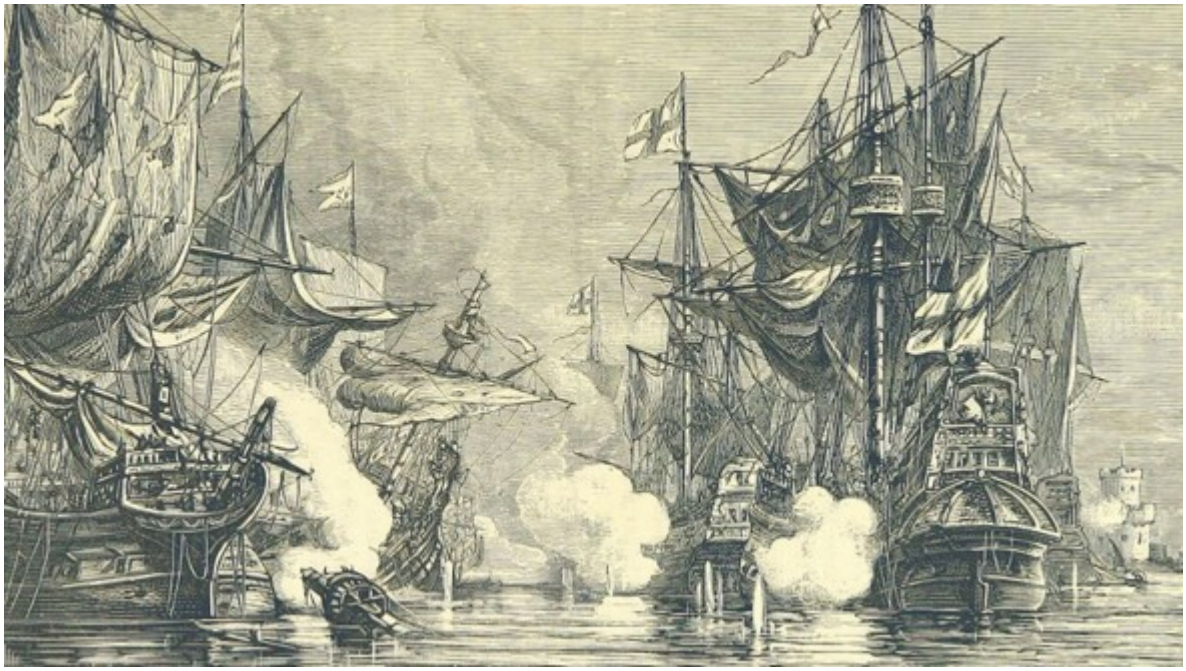
Imprimir

Germán Arcienegas en su imprescindible libro *Biografía del Caribe,* señala que, por la época, se nacía caballero o pirata. Sir Walter Raleigh (1552-1618) fue ambas cosas. Caballero de la reina Isabel I de Inglaterra, filósofo, historiador, escritor, poeta, explorador, inventor, político y aventurero, encontró en el océano Atlántico y en las aguas del Orinoco el escenario de sus grandes ambiciones. Su vida transcurrió entre los salones de la corte inglesa, las intrigas del poder y las expediciones hacia territorios americanos que Europa apenas comenzaba a conocer. El gran Caribe y las Antillas fueron teatro de sus operaciones.
Raleigh pertenece a una generación de navegantes que transformaron la historia económica y política del mundo. Hombres que, movidos por la codicia, la curiosidad, la aventura o la ambición imperial, contribuyeron a ampliar el conocimiento geográfico y a modificar las relaciones entre continentes.

Los piratas y la geografía del poder

La historiografía española construyó una imagen profundamente negativa de los piratas que asolaron sus posesiones americanas. No carecía de razones. Los saqueos, incendios, secuestros y asesinatos fueron acontecimientos reales que marcaron la vida de numerosas poblaciones del Caribe. Cartagena, Santa Marta, Riohacha, conocieron la violencia de aquellos navegantes que, bajo diferentes banderas, disputaban el predominio español.

Sin embargo, reducir su historia a una sucesión de actos criminales significa desconocer una dimensión fundamental de sus actividades. Muchos de aquellos hombres fueron extraordinarios navegantes y conocedores de la geografía. Dominaban las corrientes marinas, los vientos alisios, las rutas oceánicas, los arrecifes, las bahías y las desembocaduras de los grandes ríos. Sabían dónde podían refugiarse las embarcaciones, cuáles eran los puertos mejor protegidos y qué rutas seguían los barcos cargados de mercancías y metales preciosos.



Los piratas en el caribe. Ilustración de la época. Internet

La información geográfica tenía y tiene un valor económico y militar extraordinario. Un mapa podía representar una ventaja estratégica. Si no lo tienen se lo inventan. El conocimiento de una bahía podía decidir el resultado de una expedición. Una desembocadura fluvial podía convertirse en la puerta de entrada hacia territorios desconocidos.

Francis Drake fue celebrado como héroe en Inglaterra y condenado como pirata por España. Raleigh participó en ese mismo universo de rivalidades imperiales, aunque su trayectoria fue más amplia que la de un corsario convencional. Fue un hombre de letras y de Estado que comprendió tempranamente que la expansión inglesa dependía del dominio marítimo y del conocimiento territorial.

El caballero de Isabel I

Raleigh nació en Devon, Inglaterra, en 1552, dentro de una familia de la pequeña nobleza rural. Su ascenso político estuvo relacionado con sus capacidades personales, su

participación en empresas militares y el favor de Isabel I. La reina lo nombró caballero en 1585.

La relación entre ambos ha alimentado numerosas leyendas. Una de las más conocidas cuenta que Raleigh extendió su capa sobre un charco para impedir que la reina ensuciara sus zapatos. También circularon versiones sobre una relación sentimental entre ellos, aunque no existen pruebas suficientes para afirmarla.

Más importante que esas historias fue la relación política que los vinculó. Isabel I comprendió que Inglaterra necesitaba disputar el predominio marítimo de España. Durante el siglo XVI, la monarquía española había construido un vasto imperio que comprendía territorios europeos, americanos y asiáticos. Las riquezas procedentes de América, particularmente la plata, contribuían a financiar sus empresas militares y su administración imperial.

Inglaterra aspiraba a participar de esos beneficios. Para lograrlo necesitaba desarrollar su marina, ampliar sus rutas comerciales, establecer colonias y desafiar el monopolio español. Raleigh fue uno de los protagonistas de ese proyecto. Promovió expediciones hacia América del Norte y participó en los primeros intentos ingleses de colonización de Virginia. Pero sus ambiciones no se limitaron a Norteamérica. En las tierras de Guayana creyó encontrar una oportunidad extraordinaria para ampliar el poder inglés.

El Orinoco y la búsqueda de El Dorado

En 1595 emprendió una expedición hacia el Orinoco. Su propósito era encontrar las riquezas asociadas con la leyenda de El Dorado y con la supuesta ciudad de Manoa. Aquella leyenda había surgido de tradiciones relacionadas con las sociedades indígenas del territorio que hoy corresponde a Colombia. Con el tiempo, los relatos europeos desplazaron su ubicación hacia los Llanos, Guayana y otras regiones del continente.

El Dorado se convirtió en una obsesión que movilizó expediciones, soldados y recursos económicos. Raleigh participó de aquella fascinación. En 1596 publicó *The Discovery of Guiana*, una obra en la que describió sus exploraciones, las riquezas que esperaba encontrar

y las posibilidades que ofrecía la región para la expansión inglesa.

El libro constituye un documento fascinante porque combina observaciones geográficas, testimonios recogidos durante el viaje, expectativas económicas y relatos legendarios. La realidad y la imaginación convivían estrechamente. Raleigh no descubrió el Orinoco. Sus territorios estaban habitados desde tiempos remotos por sociedades indígenas que conocían sus ciclos de inundación, sus afluentes, sus recursos y sus posibilidades de navegación.

Tampoco fue el primer europeo que exploró la región. Su importancia consistió en divulgar entre los ingleses una representación de Guayana como espacio de riqueza y oportunidad imperial. Comprendió que el Orinoco podía ofrecer acceso hacia el interior de Sudamérica. El río desemboca en el Atlántico mediante un extenso delta y articula una de las grandes cuencas hidrográficas del continente.

Su posición geográfica lo convertía en un territorio de enorme interés estratégico. El conocimiento de sus rutas, afluentes y poblaciones podía facilitar nuevas expediciones y proyectos comerciales. Raleigh contribuyó a incorporar esa geografía a las ambiciones inglesas.

El Caribe: escenario de una disputa mundial

Durante los siglos XVI y XVII, el Caribe se convirtió en uno de los principales escenarios de la competencia entre las potencias europeas. España pretendía conservar el control de sus posesiones y de las rutas comerciales americanas. Inglaterra, Francia y Holanda buscaban participar en ese comercio y ampliar su influencia. Los corsarios fueron instrumentos de aquella competencia.

En 1586, Francis Drake atacó y ocupó Cartagena, exigiendo un cuantioso rescate para retirarse. El acontecimiento puso de manifiesto la vulnerabilidad de los puertos españoles y la importancia de fortalecer sus defensas. Raleigh no dirigió aquel ataque, pero perteneció al ambiente político y marítimo que hizo posibles esas expediciones. Cartagena ocupaba una posición privilegiada dentro del sistema colonial. Su puerto facilitaba las comunicaciones con

Europa y el Caribe, mientras que el sistema del Magdalena la vinculaba con el interior de la Nueva Granada.

La ciudad era, por consiguiente, mucho más que una plaza militar. Era un centro de articulación comercial y territorial. Las fortificaciones construidas para protegerla expresaban el valor económico de su posición geográfica. El Caribe era un espacio de intercambio, pero también de confrontación. Y en esa confrontación participaron navegantes que fueron simultáneamente exploradores, comerciantes, corsarios y agentes de sus respectivos imperios.

El contrabando: una geografía que desafiaba los monopolios

La extensión de las costas americanas y la multiplicidad de sus puertos dificultaban el control comercial que pretendía ejercer España. Las restricciones impuestas por la Corona crearon oportunidades para comerciantes extranjeros y redes clandestinas. El contrabando adquirió una importancia considerable en el Caribe.

Por sus aguas circularon textiles, alimentos, herramientas, metales preciosos y numerosos productos destinados a los mercados americanos. También circularon personas esclavizadas, víctimas de una de las actividades más violentas y lucrativas de la economía atlántica. El comercio clandestino no fue una actividad exclusivamente marginal. Participaron en él comerciantes, intermediarios y sectores vinculados con las economías locales.

La geografía facilitaba intercambios que las instituciones coloniales intentaban restringir. Las rutas marítimas y fluviales ofrecían posibilidades de integración económica que no siempre coincidían con las disposiciones administrativas de los imperios. El contrabando permitió acumular capital y establecer relaciones comerciales alternativas, aunque también reprodujo formas de explotación y violencia. Los navegantes ingleses contribuyeron a abrir espacios para esas relaciones.

El Orinoco adquirió una importancia decisiva durante las campañas de independencia. En 1817, las fuerzas republicanas consolidaron su control sobre Angostura y buena parte de

Guayana. La región proporcionó recursos, comunicaciones y una base territorial desde la cual reorganizar las operaciones militares. En 1819, Bolívar instaló allí el Congreso de Angostura.

La República de Colombia comenzó a adquirir forma institucional en una ciudad fluvial del Orinoco. Resulta extraordinario observar cómo un mismo espacio geográfico había despertado, en épocas diferentes, las ambiciones de Raleigh, la curiosidad científica de Humboldt y el interés estratégico de Bolívar.

Raleigh había imaginado el Orinoco como una vía hacia las riquezas de Guayana. Humboldt lo estudió como parte de un sistema natural. Bolívar encontró en su cuenca una base fundamental para la construcción republicana. El río permaneció como protagonista mientras cambiaban los proyectos políticos.

La geografía y la construcción de la historia

Walter Raleigh merece un lugar entre los precursores del conocimiento geográfico americano. No porque haya sido un científico comparable con Humboldt, ni porque sus expediciones estuvieran libres de violencia o ambiciones coloniales. Su importancia radica en haber comprendido que el conocimiento del territorio podía convertirse en instrumento de poder económico y político.

Fue un explorador que mezcló observación y fantasía, un escritor que difundió la imagen de Guayana y un hombre de Estado que participó en la expansión marítima inglesa. Su historia también permite comprender que los imperios no conquistaron solamente territorios. Disputaron rutas, puertos, desembocaduras y sistemas de comunicación.

La geografía fue parte esencial de esas disputas. Y cuando las colonias americanas alcanzaron su independencia, heredaron muchas de las estructuras territoriales y económicas construidas durante aquellos siglos. El Orinoco, el Magdalena y el Caribe continuaron desempeñando funciones fundamentales, aunque los nuevos Estados no siempre consiguieron aprovechar plenamente sus posibilidades de integración.

El final de un caballero

Raleigh regresó a Guayana en 1617, durante el reinado de Jacobo I. La expedición terminó en fracaso. Sus hombres atacaron el establecimiento español de Santo Tomé de Guayana, pese a las instrucciones de evitar enfrentamientos con España. Su hijo Walter murió durante la operación. El episodio agravó las tensiones diplomáticas entre Inglaterra y España.

A su regreso, Raleigh fue ejecutado en Londres el 29 de octubre de 1618. Su destino expresa las contradicciones de la expansión imperial. Los navegantes podían ser celebrados mientras sus empresas favorecieran los intereses del Estado y sacrificados cuando esos intereses cambiaban. Su muerte fue como su vida: valiente, corajuda: A su verdugo le exigió: deje ver el instrumento con el que me va a cortar la cabeza. ¡Permíteme verlo ¡Y de cada lado os provoca recostar la cabeza, sir? Pregunto impávido el verdugo: Si el corazón está bien puesto nada importa el lado en que esté colocada, respondió el corsario. Fue su último dialogo y el paso a la gloria de Inglaterra, de la fascinante historia de la humanidad y de la construcción de nuestros países.

Fuentes bibliográficas:

Rafael Gómez Picon, *El Orinoco: rio de libertad,* Banco de la República, Bogotá, 1973.

Germán Arcinegas, *Biografía del Caribe*, Editorial Suramericana, Buenos Aires, 1945 y *Cuando America completó la tierra,* Villega Editores, Bogotá, 2001.

Alfonso Múnera, *Fronteras Imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano,* Editorial Planeta, Bogotá, 2025

Fernando Guerra Rincón